

Un banquete

Por Luzelena GUTIÉRREZ DE VELASCO*

ALFONSO REYES, además de otras muchas dádivas, le agradecemos porque lo hemos convertido en un diligente proveedor de frases adecuadas, justas y de definiciones relámpago. En América Latina nos advirtió con visión sobre nuestra llegada al banquete de la cultura, algunos le creyeron, otros no. Pero frente a un libro como *Ensayo, simbolismo y campo cultural*, tenemos la convicción de que hemos llegado a tiempo y bien dispuestos. El banquete resplandece.

En el desplegarse de la cultura todos los libros son bienvenidos, sin duda unos más que otros. Así, al leer las páginas de este nutrido volumen que el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la UNAM publica, con la sagaz edición de Liliana Weinberg y la colaboración de un grupo de investigadores, constatamos que nos presenta temas y estrategias discursivas que enriquecen nuestro conocimiento y ponen en duda nuestras certezas ensayísticas.

Desde la portada de Carolina Magis vemos surgir la proliferación. Se trata de un libro sobre ensayos y, por lo tanto, podemos situarlo en el campo de la metaensayística. Sin embargo, no es sólo una aportación al estudio de este género en América Latina, es decir, una reflexión que continúa lo iniciado por Horacio Cerutti en *El ensayo en nuestra América: para una reconceptualización* (1993) hace diez años, sino que nos enfrenta ahora a un ejercicio de firme reconceptualización del género y de sus posibilidades.

Los treinta ensayos que conforman el volumen han sido enmarcados por la voz de la editora que abre y cierra el libro. En la presentación aborda con precisión los temas y modalidades que preocupan a los autores de estas páginas. Nos informa sobre la génesis de este esfuerzo: un proyecto sobre “ensayo, simbolismo y campo cultural”, organizado en la UNAM y que concluyó con un encuentro académico sobre estos temas. A los textos presentados en ese coloquio se añadieron otros que, por afinidades electivas, encontraron su justo lugar en este libro, como los ensayos de Adolfo Castañón y Francisco Segovia, por ejemplo.

Nos aclara también Liliana Weinberg cómo las tres áreas de confluencia —ensayo, simbolismo y campo cultural— son acotadas desde una perspectiva en la que se enfatiza la operación privilegiada en

* Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. El Colegio de México E-mail <luzg@colmex.mx>.

el trabajo ensayístico: la interpretación. El ensayista como “entendedor” confronta el mundo y lo entrega a los lectores para que, a su vez, lleven a cabo un proceso de reinterpretación. Por ello, coincidimos con la editora en su afirmación de que “el ensayo es creación dentro de una tradición, es interpretación y crítica, es despliegue de procesos de simbolización y conceptualización” (p. xiii).

Por un artificio, el título del libro oculta la riqueza de la concepción del proyecto. Si bien muestra las tres vertientes de interés ya mencionadas, deja para el final una cuarta parte que se denomina “Dimensiones del ensayo”, que comprende siete artículos en los que se abordan a pensadores clásicos, modernistas y destacados contemporáneos, es decir el padre Feijoo, Rubén Darío, Alfonso Reyes, Ezequiel Martínez Estrada y Octavio Paz. El ensayo de Liliana Weinberg, que culmina el volumen, encierra un ejercicio de contraste que ilumina los ensayos magistrales de estos dos últimos autores.

Así Liliana Weinberg se propone enfrentar a Martínez Estrada y a Octavio Paz en dos de sus obras ensayísticas más destacadas: *Radiografía de la pampa* y *El laberinto de la soledad*, con el fin de someter los textos a un análisis de índole semiótica de la cultura, con la bendición de Lotman. En esa búsqueda de las claves particulares que permiten penetrar en los procesos de simbolización que reinterpretan la cultura, Weinberg insiste en dos símbolos en especial: el “cuchillo” del gaucho y la “máscara” como espejo y velo que descubre y oculta la dinámicas cultural de lo mexicano. Acierta al volver sobre estos ensayos multitrabajados y analizados para colocarlos en la línea crítica que reestablece el valor de la simbolización como una estrategia primordial en el trabajo ensayístico. Esos ensayos se preguntan por el “imaginario radical” (según Castoriadis) y logran cerrar el círculo de productividad al volver sobre lo “pensable” y establecer nuevas estrategias al repensar las instituciones sociales y culturales, y también simultáneamente reconstituir al ensayo mismo como un portador de luchas interpretativas que someten a “interpretación el horizonte de sentido” en que se despliega el quehacer del ensayista y por supuesto ponen bajo vigilancia la misma “simbólica social”.

Este ensayo no sólo es un empeño por entrelazar las obras del ensayista argentino y el mexicano, y encontrar las semejanzas y las diferencias que las distinguen, sino ante todo es un serio intento de poder atrapar el proceso de simbolización en los textos y los contextos que hace de ambos autores los eminentes ensayistas que nos asombran.

Con este marco, el libro agrupa ocho artículos en la parte dedicada a la lectura del ensayo; dedica once al tratamiento del simbolismo y la

interpretación; en cuatro ensayos se aborda el problema del campo cultural y en los siete últimos se trabajan las dimensiones del ensayo. El banquete ensayístico nos muestra que son varios libros incrustados en un solo libro y que además despiertan el apetito por toda clase de saberes (sabores) en el área de la escritura-lectura del ensayo. Encontramos la vertiente filosófica en diversos ensayos, como el de María Rosa Lojo que se interna en las profundas reflexiones de Ernst Cassirer —cuyo nombre significa seriedad— y persigue las modalidades del mito como símbolo; o también la veta antropológica explorada por Rafael Pérez Taylor, quien estudia la vinculación de la tarea simbólica en el trabajo antropológico; o bien Mauricio Beuchot que, desde una perspectiva hermenéutica analógico-irónica, traza los caminos para una hermeneutización del símbolo que nos conduzca por una *askesis* al “auténtico reconocimiento del otro y solidaridad con él” (p. 187).

Ante esta multiplicidad de antojos, prefiero restringir mis demandas a la teoría que circunda el fenómeno ensayístico y así poner de manifiesto algunos de los aciertos que no sólo amplían los conocimientos sobre el ensayo, sino que penetran en las complejidades de la definición, los límites, las tradiciones y las posibilidades del ensayo, como género híbrido —centauro—, poema-intelectual.

José Luis Gómez-Martínez, eminente teórico del ensayo, nos muestra en “La lectura ensayística: para una hermenéutica del texto literario” un innovador modo de lectura, la lectura ensayística aplicada a la obra literaria. Nos recomienda adoptar una hermenéutica antrópica que traspase las convenciones de retórica y de género y que nos conduzca a una contextualización que se vuelque hacia la reflexión y el pensamiento más allá de esas lecturas restrictivas, esas que nos abandonan en las capas preliminares de un texto. En esta propuesta se enfatiza la necesidad de convocar el diálogo en la lectura, la necesidad de volver sobre los textos para hacerlos no sólo comunicar sino establecer los caminos de una comprensión profunda.

Cada uno a su manera, Adolfo Castañón, Francisco Segovia y Josu Landa se detienen en la figura fundadora de Michel de Montaigne. En tanto Segovia se ocupa del ensayo a partir de Montaigne como un género que toca “las escrituras más íntimas y privadas” (p. 38) y como “exposición del sentido común”, porque las palabras del ensayo son evidencia de la subjetividad del autor y simultáneamente son portadoras del pudor que oculta y muestra a quien escribe. Segovia sugiere con tino una buena recomendación frente al ensayo: “Leer y no escarmentar y no escarmentar de leer”, lo que nos ata a la necesidad de leer a Montaigne y a todos sus seguidores. Josu Landa, por su parte, en

“Montaigne contra el discurso vacío” destaca la búsqueda del autor francés en pos de un *ethos*, ya que al tratar temas que se apegan a la subjetividad, lo hace con un estilo que elabora una eficacia ética. Esa sabiduría de Montaigne es la clave que actualiza el saber de los antiguos.

Adolfo Castañón se pregunta cómo llegar a los clásicos, cómo descubrir qué es un autor y cómo éste se transforma en modelo. De sus lecturas de juventud rescata la fascinación por Montaigne, lo califica de sobrio y tradicional escritor que lo conduce a su propio autorreconocimiento en la extrañeza y en la búsqueda de la excentricidad, lo que permite el entendimiento crítico de la civilización y la cultura; y por supuesto allana la observación aguda de la “condición inhumana”. Descubrir los encantos del método de la divagación en Montaigne contamina al crítico y lo conduce a la divagación sobre el mismo Montaigne, su modo de vida y trabajo, su pasión por la amistad, su formación, su amor por los clásicos, su cercanía a Sócrates y Platón, su escepticismo. Todo ello para poner de manifiesto la filosofía del autor francés como un “entrenamiento para la muerte” (p. 36) que nos lleva a practicar el “arte de vivir”. El carácter teatral, la polifonía de los *Essays* de Montaigne nos comunica esa fuerza del diálogo al que no escapa ni la guerra contra la estupidez. Castañón recomienda la lectura de Montaigne como una búsqueda en el camino de la salud mental e intelectual, más allá de las aventuras convencionales y también como salvación contra “la crueldad, la soberbia intelectual, la pereza, la vanidad, el desprecio” (p. 37), es decir los peligros que acechan el despertar de la mente.

Con Montaigne en el transfondo, Aralia López aborda en “El ensayo: cuestión del límite y de la imperfección” el carácter de las fronteras, los límites y la condición de imperfección en el trabajo ensayístico. En su deambular por las condiciones del margen, recorre las propuestas de Lukács, Trias, Aullón de Haro, Landa y Cerutti. Centra su visión en la nostalgia de verdad conceptual que conlleva el ensayo y también incide en el concepto de “razón expresiva”, como posibilidad para incorporar lo emotivo y lo existencial en lo conceptual. Los ensayos —“poemas-intelectuales” según Lukács— suponen espacios tensos y conflictivos donde la “lógica del límite” reflexiona sobre la afirmación del ser como límite.

El horizonte de la falta, es decir la imperfección, configura esa zona donde se vuelve posible el ensayo: en el cruce de la ciencia/no-ciencia, de los géneros, de las oposiciones público-privado, sistema-fragmento etc. El ensayo es lo perfecto a partir de la imperfección.

De acuerdo con las reflexiones de Ambrosio Velasco Gómez en “La heurística en las ciencias y en las humanidades: ensayo sobre filosofía y ensayo”, el discurso ensayístico si bien se diferencia de los discursos científico y artístico, incorpora una inocultable pasión heurística que lo predispone al conocimiento. Nos comunica que tanto el “conocimiento personal” (a la manera de Michael Polanyi) como la propuesta de Duhem, sugieren que la racionalidad de la ciencia “puede prescindir del rigor metodológico, pero no del punto de vista subjetivo y personal del científico” (p. 67), por ello el ensayo y la ciencia para Velasco Gómez: “parecen compartir un mismo tipo de racionalidad y no están tan drásticamente separados como lo ha pensado el racionalismo moderno y contemporáneo” (p. 67).

A su vez, Carlos Pereda en “Las tradiciones del centauro: notas para una teoría del ensayo latinoamericano” se propone un recorrido por diversos avatares del ensayo en nuestra América. La inteligencia creativa de este filósofo multicultural nos sitúa primero ante la sintáctica fórmula: el ensayo “ese entrevero de géneros” y luego discurre en torno a la peculiaridad, la destreza retórica, la argumentación pública e intervención directamente normativa del ensayo en América, en nuestra zona de influencia hispánica y portuguesa. Pone Pereda de manifiesto esa potencia del ensayo latinoamericano y nos conduce por las posibilidades del género: va de Octavio Paz a Castañón y a Santiago Castro-Gómez de manera crítica, aprovecha el lema de las “culturas híbridas” y logra, sorteando todos los vértigos habidos y por haber “acentuar rotundamente el plural y hablar así de las tradiciones del centauro” (p. 74) y nos ofrece una sugerente definición del género: “el ensayo propiamente ensayo, el ensayo que ‘ensaya’ en el sentido de que con frecuencia no sabe de qué se trata y adónde va y duda, que corre y prueba y salta y se retracta y se arriesga, que explora y se explora, que no pocas veces se deja guiar por gestos fulminantes” (p. 73).

Sabe que en nuestro ensayo hay una bifurcación entre la tradición exploradora de imaginación centrífuga frente a la otra tradición, la misionera y de lucha. Y también nos ayuda a elegir ese género centauro afinado en las culturas híbridas por su pluralidad de sangres y de voces.

Por último, Horacio Cerutti en “El ensayo como método de nuestros maestros inmediatos” va en busca de la aportación de conocimientos heredados de maestros como Agustín Cueva, Ricaurte Soler, René Zavaleta Mercado y Florestán Fernández. Nos enseña que esa reflexión se nos transmite mediante los trabajos académicos en los que se reúnen los conocimientos sociológicos, históricos etc. Entonces, el ensayo es

un instrumento para llenar vacíos y superar las demandas y necesidades de las naciones latinoamericanas. Reconoce Cerutti que se da un eclecticismo permanente, no en sentido peyorativo. El mejor antecedente es Mariátegui.

Cerutti concluye que el ensayo produce conocimiento gracias a la polisemia y al empleo de la metáfora. Por lo tanto, es necesario pensar el ensayo en América Latina, es necesario pensar “esta realidad inédita”.

Hasta aquí sólo una probada del enorme banquete que *Ensayo, simbolismo y campo cultural* depara a sus lectores. Llegamos a tiempo y la mesa está dispuesta.